

LA VOZ DE LA CARIDAD

N.º 308.—1.º de Enero de 1883.

*Dios es caridad, (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

DON SANTIAGO.

Así le llamaban los afligidos, así le llamaban los consolados, así le llamábamos todos; y la manera de pronunciar este nombre venerado y amado, era como el apellido que le distinguía de los demás; porque *Don Santiago* era él, y no podía ser otro. Sabiendo la especie de horror que tenía por la publicidad de sus buenas obras é íntimos afectos, creo oírle que desde el cielo me reconviene porque no guardo absoluto silencio sobre su vida y sobre su muerte, y con aquella sonrisa que parecía seguro presentimiento de dicha inefable y reflejo de la de los niños que acariciaba, me pregunta:—¿Por qué lloras?—Lloro porque ya no volveré á oír aquella voz que daba siempre gusto, lección y consuelo; la palabra del artista, del sábio y del santo: lloro por los que han perdido al que enjugaba sus lágrimas; lloro por la patria insensata é infeliz, que ha visto desaparecer al más grande de sus hijos sin un estremecimiento doloroso, como esos enfermos tan graves que se pueden mutilar sin que lo sientan.

CONCEPCION ARENAL.

EN NOMBRE DE LOS POBRES.

Una suscritora.—Aunque no dice V. ni sus iniciales, es muy conocida de nuestros pobres, en particular de unos jornaleros que tienen seis hijas, á algunas de las que han servido las envolturas que envía V. todos los años, y en este vino la madre á saber si la *señora de las envolturas* habia enviado alguna, pues espera un hijo más. Si hubiera V. visto la alegría con que la recibió, acompañada de la peseta que la correspondia, seguramente se hubiera considerado recompensada por la buena obra que viene haciendo tantos años para conmemorar el nacimiento del que vino al mundo sin tener con qué abrigarse. No menor alegría ha causado la otra envoltura y los otros 4 rs. Gracias.

D. M. M.—Los 20 rs. que V. ha destinado á nuestros pobres, han servido para hacer pasar mejor los últimos dias del año á una pobre viuda, que viviendo de su trabajo y manteniendo con él á una niña, tuvo la desgracia de resbalar el dia de la nieve é inutilizarse una mano. Al recibir la limosna ha colmado á V. de bendiciones.

D. J. M.—En medio de sus penalidades se acuerda V. de los pobres, y al pagar su suscripcion les manda 30 rs. Que esta y otras buenas obras que usted hace le consigan, del que todo lo puede, remedio á todos sus males.

GRANDEZA EN LA PEQUEÑEZ.

I.

Las personas, no muchas por desgracia, que tienen aficion á contemplar las bellezas de la naturaleza y las magníficas obras de la creacion divina, hallando en esto goces más puros que los que ofrecen los incidentes vulgares de la vida social, suelen fijarse con preferencia en lo que es materialmente grande, y ver solo en ello la verdadera grandeza, tomada esta palabra en su significacion más elevada.

Así causan entusiasta admiracion las cataratas del Niágara en América, las de Gavernié en los Pirineos y las de Schafouse en Suiza, porque son *grandes* caidas de agua; los ventisqueros de los Alpes, porque son *grandes* montañas nevadas; las tempestades del mar, porque proceden de *grandes* movimientos de sus olas agitadas; y las perspectivas de lagos tranquilos, porque presentan superficies de inmenso cristal reflejando el azul de los cielos. Hay belleza en los *grandes* bosques

americanos que forman las riberas de los rios-mares Amazonas y la Plata, y hasta los atrevidos marinos que se arriesgan á penetrar en los mares polares encuentran allí, á través de riesgos continuos, *grandes* espectáculos de sombría belleza, cuando navegan entre montañas de nieve ó tienen que invernar sobre témpanos de hielo.

Pero ¿será cierto que solo hay grandeza bien entendida en lo que es físicamente grande, y que su conocimiento debe estar reservado á los viajeros y á los que tienen medios de emprender largas correrías en busca de las emociones que producen esas obras de la naturaleza? ¿Habrán de estar privados de ellas los que viven confinados en un rincon del mundo, y hasta en su reducido hogar, por mucho que sea su deseo de entregarse á tales contemplaciones?

Así se cree generalmente, y por eso nos hemos acostumbrado á aplicar de un modo incompleto las palabras grande, grandeza y grandioso, que gramaticalmente proceden de un mismo origen etimológico, y con las cuales solo expresamos una parte de lo mucho que puede merecer el calificativo de grandioso.

La verdadera *grandeza* no consiste en la extension material de un objeto, que se presenta á nuestra vista observadora, sino en su perfeccion intrínseca, que lo mismo puede existir y existe en lo realmente grande como en lo pequeño; y aún aparece á veces más admirable cuando esa perfeccion se encuentra encerrada en límites muy reducidos.

Por eso los que quieren experimentar emociones más profundas y más puras que las que produce la marcha ordinaria de la vida civilizada; los que no desean pasar por este mundo como viajeros dormidos en ferro-carril de gran velocidad, para quienes queda desapercibida la belleza del paisaje recorrido, sino que se proponen emplear algo el espíritu de observacion en admirar lo verdaderamente grandioso de las obras de Dios, buscando en ellas fé, sentimiento é impresiones trascendentales á la vida moral; los que esto hacen y en esto gozan, no necesitan, para conseguirlo, subir á los montes, ni bajar á los valles, ni atravesar los mares; les basta fijarse en algunos de los objetos más pequeños, más vulgares

y hasta á veces más despreciados. Investigando esos objetos, profundizando su origen, sus funciones y su destino, se encuentra un mundo nuevo de impresiones conmovedoras.

El microscopio ha sido una de las invenciones más útiles del hombre, y ha producido en las ciencias una revolucion de descubrimientos admirables, pues con su sencillo mecanismo se nos revela una gran parte de la creacion, que por lo diminuta hubiera quedado inadvertida ó enteramente oculta ante la limitada vision natural del hombre.

II.

En el reino animal la hormiga pasaba antiguamente como la antítesis de la ballena y del elefante, y se prestaba por su pequeñez á un exámen entusiasta de su maravilloso organismo. Hoy, merced al microscopio, podemos contemplar insectos mucho más pequeños todavía. Si nos fijamos en alguno de ellos, le veremos moverse, agitarse y presentar todos los caractéres de la vida material y animada. Esa vida se desarrolla, lo mismo que en los grandes animales, con la nutricion y se rige por el instinto, el cual tiene los sentidos corporales como elementos para ejercer su poderío y su voluntad. Pero, ¡qué sentidos! ¡qué elementos!

El insecto más diminuto, aquel cuya existencia escapa á la vista natural y necesita el auxilio óptico para ser percibido, es una criatura perfecta, que, teniendo vida, debe tener necesariamente todos los medios de desarrollarla. Figuran entre ellos los ojos para ver, la boca para comer, el estómago para digerir, los pulmones para aspirar oxígeno y arrojar carbónico, y la sangre para mantener la circulacion de esta *vida de la vida*, como la llamaba un sábio fisiologista aleman. Todo esto se encierra en ese punto, que solo el cristal de aumento puede hacer visible. ¡Abisma y sobrecoje la consideracion de la omnipotencia divina, que tales elementos ha creado y que ha sabido dar organizacion de vida en límites tan asombrosamente pequeños!

Y esto sucede en el estado que hoy tiené la vision humana, agrandada artificialmente. Dado el progreso científico y artístico con que el génio del hombre va perfeccionando la

materia puesta á su alcance, no será fantástico suponer que, andando el tiempo, quede el microscopio actual sustituido por otro mucho mejor y que el cristal de los lentes, hábilmente preparado, presente, con su convexidad bien entendida, nuevas luces que iluminen la oscuridad de lo pequeño. Entonces, ¡qué inmenso mundo animal veremos, quizás, que hoy no vemos! ¡Qué multitud de séres descubriremos en el *lago* de una gota de agua y en la *vasta* superficie de la hoja de un árbol!...

III.

Si del reino animal pasamos al vegetal, los prodigios de la pequeñez no son menores. Hay una vida orgánica, sin inteligencia de alma ó de instinto, pero con funciones establecidas por la suprema inteligencia del Criador que regulan toda la marcha de la vejetacion. La semilla arrojada á la tierra y cubierta por esta como en regazo amoroso, queda fecundada por los jugos nutritivos, que la misma encierra y que prodiga sin cesar. Ya fecundada, sale de su embrion y asoma á la superficie del suelo en forma de tierno tallo. Como la nutricion es continúa porque el jugo fecundante de la tierra es inagotable, el tallo va creciendo y se desarrolla en hojas destinadas á recibir del exterior aire, humedad y calor, auxiliares poderosos de la vida vejetal. Esa vida se va vigorizando; lo que fué semilla, y luego tallo y despues hoja, pasa á formar planta completa, que puede elevarse hasta ser árbol corpulento, que vivirá años ó siglos, dando ya flores que embellezcan la vista y el olfato, ya sombras que proteja y ya, sobre todo, frutos diversos que sirvan para la alimentacion del hombre.

Todo esto es perfectamente conocido y apreciado á la simple vista, cuando lo examinamos en plantas crecidas ó en árboles gigantescos; pero apliquemos ese exámen á la vejetacion diminuta, á esa que escapa casi á nuestros ojos: en ella las funciones de la vida vejetal son las mismas, pero la perfeccion asombra más cuanto más pequeño es el organismo en que se desarrolla.

Cuando contemplamos el exterior de la catedral de Búrgos ó del monasterio del Escorial, y divisamos en alguna

elevada cornisa una de esas modestas yerbecillas, admiramos, y con razon, lo grandioso de los edificios, que parecen poemas del génio escritos en piedra; pero despreciamos la humilde yerbecilla que ha nacido en las mismas piedras con el auxilio del viento que llevó allí el polvo fecundante de otras vegetaciones cercanas. Y sin embargo, lo uno es obra limitada de los hombres, reducida al labrado y colocacion de la piedra, y lo otro es una manifestacion portentosa de la vida vegetal, prodigiosa en su origen y en su desarrollo. Si comparamos ambas obras, no podremos menos de admirar lo perfecto de la que procede del Criador divino y lo imperfecto y perfectible de la que hicieron los hombres.

IV.

Fijándonos en otro objeto físico, observemos con estudio y con ternura una gota de agua, cualquiera, la que la lluvia acaba de arrojar sobre los cristales de nuestro balcon. ¿Quién hace caso de una gota de agua? ¿No suele decirse como expresion suprema de la insignificancia que una cosa vale como gota de agua en el mar?

Pues bien; esa gota tuvo su origen, y antes de aparecer ante nuestros ojos ha tenido un movimiento admirable y digno de estudio. La atmósfera la absorbió de los inmensos receptáculos del mar y se incorporó á esas nubes que giran sobre nuestras cabezas, hasta que los vientos las arrastraron á largas distancias. La gota, que ahora cae á nuestra vista, viene tal vez de una peregrinacion inmensa. Quizás las nubes la arrojaron helada sobre los témpanos de los mares polares y estuvo allí años y siglos formando parte de las gigantescas moles de hielo, terror de los atrevidos navegantes; quizás presenció las aventuras y catástrofes de Franklin, de Parry, de Hudson, de Melville, de Scoresby y de tantos otros descubridores, héroes de la navegacion y de la ciencia: tal vez las corrientes polares la hicieron luego descender, ya liquidada, hácia mares más templados, y se meció sobre ella la canoa rústica del esquimal en el estrecho de Smith, la barca groelandesa en el mar de Baffin y el moderno barco de vapor en el Atlántico. Formando ya parte de las grandes masas acuosas,

habrá llegado á nuestras costas y en blanda ola rizada habrá besado las playas españolas, hasta que absorbida otra vez por las nubes ha tomado diferente direccion y ha caido sobre nuestro balcon en forma de menuda lluvia. ¡Vida de peregrinacion inmensa y de trasformacion incesante! ¡Cuánto vale y cuánto enseña una gota de agua bien estudiada!

V.

Pasando á otro órden de ideas, si de nuestro planeta terrestre nos elevamos con la vista y con la contemplacion á las estrellas de ese universo sideral que rodea nuestro globo; si con el auxilio del telescopio de Herschel, Lasell, Alvan Clark ú otro de los que cada dia van perfeccionándose, descubriremos puntos luminosos, infinitos en número, ¿los desatenderemos porque son al parecer tan pequeños? ¿No veremos grandeza admirable en esos planetas, que tienen quizá vida propia y ciertamente movimiento ordenado de rotacion, y que sin duda alguna han sido colocados en el universo por el Criador con objeto más importante que el de recrear simplemente nuestra vista en una noche serena? En materia de astronomía, el génio del hombre ha hecho descubrimientos que rayan en prodigios y, sin embargo, aun estamos quizá en el principio del conocimiento de ese caos, verdadera idea del infinito, en que navegan millones de planetas, entre los cuales quizá sea de los más pequeños este mundo que nosotros habitamos y que nos parece tan grande y tan perfecto. Ahora contemplamos los planetas y las estrellas visibles; pero, ¿cuánto quedará invisible todavía para nosotros! ¿Qué nuevos y portentosos descubrimientos llegarán para las generaciones futuras, cuando los instrumentos astronómicos adquirieran más perfeccion y alcance del que hoy tienen nuestros telescopios!

VI.

Todas estas grandezas de la pequeñez, ¿habrán de servir solo para producirnos una admiracion vulgar, como la que causa todo lo bello, contemplado con espíritu recogido y observador? ¿Habremos de limitarnos á ese entusiasmo estéril?

No: lo físico y lo moral suele estar casi siempre enlazado, si se sabe buscar su relacion. De los grandes espectáculos pueden brotar para nosotros enseñanzas útiles y grandes tambien. Basta quererlo.

En primer lugar, la contemplacion de esas magnificencias de la naturaleza debe levantar nuestro espíritu á regiones más sublimes, sacándolo de las frivolidades tristes, alegres ó indiferentes que forman parte importante de la vida social. Asombra verdaderamente el ver cuánto afan se dedica, cuánta vida se gasta en esas pequeñeces sin grandeza, y cuánto se prescinde de las grandezas verdaderas que están á nuestra vista y que solo esperan nuestra contemplacion para inundar el alma de emociones mucho más nobles y provechosas.

Nacido el hombre con destino de dolores, siendo el llanto su primera manifestacion de vida y un suspiro mortal la última expresion de la misma vida, hay que prepararse para sobrellevar esa condena inevitable, en vez de caer en ella desarmado y sin fuerzas. Nadie es aquí feliz por completo: el que alguna vez lo sea ó le parezca serlo, será con ventura pasajera; el dia de los infortunios y de los pesares del alma llegará: es ley ineludible. Cuando ese dia llegue, cuando el dolor arrecie, importa elevar nuestro corazon para que sus heridas no le alcancen profundamente, y la elevacion más conveniente es hácia las grandezas de la creacion, que nos conducirán, con la guia de la fé, unida y no reñida con la razon, al conocimiento posible del Criador, fuente de los verdaderos consuelos. Esto por lo que concierne al individuo aislado.

Con relacion á la comunidad de individuos que constituyen las sociedades humanas, hay que sacar tambien de esa contemplacion provechosas lecciones y consecuencias tranquilizadoras para las tempestades sociales en que hoy bulle y se agita pavoroso el mundo.

El insecto, la yerbecilla, la gota y la estrella son manifestaciones espléndidas y convincentes de una omnipotencia divina, cuya magnificencia se revela lo mismo en lo materialmente grande que en lo relativamente pequeño. Si, pues, la providencia de Dios atiende al crecimiento de la planta y al

organismo vital del insecto, á pesar de parecer objetos tan secundarios en la armonía de la creacion, fuera insensatez absurda desconocer que atiende igualmente, tanto en lo físico como en lo moral, al hombre, rey de esa misma creacion, hecho á imágen y semejanza suya, como dice el *Génesis*. En el hombre van comprendidas todas las criaturas humanas: los ricos y los pobres, los felices y los desgraciados, los más ó menos intelectual y moralmente perfectos ó imperfectos. Esa Providencia, pues, justiciera porque es divina y general porque es todopoderosa, al regular las diversas condiciones sociales, al repartir las venturas y las miserias, á unos á mares, y á otros á gotas, hace lo que debe, aunque los móviles y el objeto de tales desigualdades nos sea desconocido.

No hay, por lo tanto, *clases desheredadas*, como dice el socialismo moderno y descreido al plantear sus quejas amenazadoras: todos somos hijos del mismo Padre celestial y para todos es su herencia; no hay razas ni séres abandonados, porque todos están al cuidado de quien sabe, quiere y puede mirar por todo. Si en la vida práctica se ve á unos que gozan en demasía y á otros que sufren con exceso; si aparecen injustamente repartidas las riquezas y las miserias, no nos entreguemos á un fatalismo absurdo ó á una desesperacion blasfema. Reconozcamos que existe una suprema justicia divina, que hará en la vida ó en la eternidad compensaciones inevitables.

Hé aquí cómo el conocimiento y la contemplacion de las verdaderas grandezas, aunque parezcan representadas en apariencias exteriores de pequeñez, pueden servir de leccion útil para todos, y especialmente de consuelo eficaz para los pobres, que gimen en la miseria y para los infelices, que están torturados por el dolor!

ANTONIO GUEROLA.

LA MISERIA, LA CARIDAD Y LA...

Esos puntos suspensivos no significan malicia ni reticencia, sino duda y perplejidad respecto á la calificacion que me-

rece la *Junta de Socorros* para los inundados de Murcia. Segun ella, existen en su poder, al cabo de TRES AÑOS LARGOS, UN MILLON Y SETECIENTOS MIL REALES, que la caridad le confió para alivio de la desgracia; y ni las excitaciones de la prensa, ni las que, segun se dice, le ha dirigido el Sr. Ministro de la Gobernacion, ni las de los representantes de los inundados, han podido lograr que vayan á poder de sus legítimos dueños esos 85.000 duros, que, segun las cuentas hechas en Murcia, ascienden á CUATRO MILLONES TRESCIENTOS CUARENTA MIL REALES.

Estos fondos ¿han caido en poder de los Juanillones, de Pancha-Ampla ó sido escamoteados por algun timador afamado? El caso sería entonces deplorable, pero no enigmático, y los puntos suspensivos con que encabezamos este artículo no estarian en su lugar; si lo están, es porque la *Junta de Socorros* dicen que se compone, y lo creemos, de personas dignas é incapaces de apropiarse los fondos que han debido distribuir y no han distribuido.

Como no se concibe persona digna sin conciencia, no se comprende que la de esos señores no les acuse por cada dia que indebidamente retardan la distribucion de esas limosnas entre sus legítimos dueños. ¡Y que tienen dias tres años!

Como no se concibe persona digna sin delicadeza, es incomprendible que no se hayan apresurado á corresponder á la confianza que inspiraron. Ya se sabe, sin que se diga, que la limosna entregada para el que está muy necesitado, se ha de dar pronto.

Como no se concibe persona digna sin honra, no se explica que no tengan más cuenta con la suya los que permiten que se pronuncien sus nombres mezclados con dinero que se debe dar y no se da, máxime en un país en que la extension de la inmoralidad estimula todas las osadías de la maledicencia.

Como no se concibe persona digna sin humanidad, se pregunta dónde está la de los que no consideran cuántos consuelos podian haber llevado y cuántos dolores significan esos millones retenidos, y de cuya caja parece que saldrán ayes, quejidos, súplicas y acusaciones.

Debieran apresurarse á dar las explicaciones satisfactorias, que sin duda tendrán esos señores, cuya reputacion no gana con el silencio. Debieran publicar cuentas claras y detalladas de lo que han dado, y decir las causas que les han impedido en tres años distribuir las limosnas que con prontitud se alargaron y con urgencia se necesitaban. Y esto deberian hacerlo, no sólo porque su buen nombre no padeciese, sino para no dar pretextos al egoismo y razones á la prudencia, que se retrae de llevar su donativo á depósitos donde se *estanca*, y como el agua detenida, áun pura, da emanaciones mefíticas, que harta pestilencia es la murmuracion y el descrédito, y enfrente de grandes dolores, la apatía, aunque no lo sea, parece culpable. El daño que hace este descrédito, es incalculable, y la facilidad con que se incurre en él mucha; las voces acusadoras apoyan la queja, aunque sea infundada, de hoy, en los abusos y fraudes de ayer, del año pasado, del anterior, de toda la vida de nuestra patria, cuya historia benéfica no parece más que la indefinida reproduccion de una lucha entre la caridad y la rapacidad, entre manos piadosas incansables en dar socorro al desvalido y manos impías insaciables explotadoras de la compasion y de la desgracia.

El dolor, cuya mision es purificar al que le sufre y al que le compadece y le consuela; las grandes desventuras, que revelan grandes virtudes en pueblos desmoralizados dan lugar á grandes torpezas, y apenas se concibe ninguna mayor que apoderarse fraudulenta y acaso hipócritamente de la limosna que, en vez de socorrer la miseria, dará pábulo á los caprichos de la vanidad y á los desenfrenos del vicio. Los que tal hacen, son peores que los ladrones en dia de terremoto ó lugar de incendio; peores que el que roba un hospital ó profana una tumba. ¡Y pensar que nuestra historia benéfica está llena de los hechos execrables de estas inconcebibles criaturas!

Si la historia es como dicen maestra de la vida, y aun no siendo más que uno de los muchos maestros que la vida necesita y tiene, nos dá la leccion de no llevar nuestra limosna á centros oficiales, sino dirigirla directamente á los necesitados por manos amigas y activas que no la mermen ni deten-

gan. Con un poco, muy poco de trabajo, se logra esto, evitando el mal casi inconmensurable de llevar la irritacion y el escándalo á donde debia darse el ejemplo y el consuelo. Es invertir de un modo absurdo los términos de la cuestion confiar al Estado la limosna de los particulares, en vez de ser estos los que distribuyan los fondos que aquel destina al socorro de los atribulados. Esto en general; entre nosotros con más motivo debe la compasion evitar intermedios burocráticos, porque es costumbre confiar todo encargo, sea el que fuere, á hombres políticos, y la política española (ni ninguna) no es la mejor maestra en obras de caridad.

Esperamos y deseamos que la *Junta de Socorro* para los inundados de Murcia explique la especie de misterio que á su gestion envuelve, como cumple á la honradez, que no ponemos en duda, de sus individuos y á la necesidad de no dar pábulo á la maledicencia: aunque nadie se atreverá á decir que los donativos han ido á manos rapaces, alguno podria pensar que están en manos muertas.

La necesidad (moral) de publicar con detalles lo recibido é invertido, alcanza á todos, inclusa la persona de alta gerarquía que, segun dicen, no se cree obligada á dar cuentas más que á Dios. Si de Él por un milagro hubiera recibido directamente los fondos, se comprende que á Él solo respondiera de su empleo; pero de los caudales que le han confiado los hombres, á ellos debe manifestar cómo los ha distribuido, aunque no sea más que para darles el buen ejemplo (de que necesitan mucho) de la buena distribucion que, sin duda, habrá hecho. Además, la maledicencia no se detiene ante dignidad alguna; sube las gradas del altar como las del trono, y es bien desarmarla. No es doctrina nuestra, sino de San Pablo, la de que debe rectificarse el error de la calumnia por ignorancia, para evitar el pecado de los débiles que incurren en él.

CONCEPCION ARENAL.

LA NIÑA HUÉRFANA.

Recuerdo perfectamente, acaso mejor que hechos muy recientes, los dichosos aunque breves años de mi infancia. ¡Con qué afán esperaba los días festivos, y entre ellos el de Todos los Santos! Mi hermanito mayor era colegial en las Escuelas-Pías, y como en esa festividad tenía salida, juntos íbamos al Campo-Santo, como otros tantos que en ese día, la costumbre, la curiosidad, ó la piedad, (y este es el número menor) llevan al sagrado recinto. Acaso pocos irían tan contentos como nosotros. ¡Y cómo no? Habíamos recibido un cariñoso beso de nuestros padres antes de emprender el paseo, y ninguna nube venía aún á empañar el despejado horizonte que rodeaba nuestra existencia. No quedaba pues rincón del cementerio que no recorriéramos, inscripción notable que él no me leyera; yo era tan pequeña que no sabía leer, y fijaba mi atención y llamaba la suya sobre el panteón más lujoso. Pocos años empero pudimos repetir nuestra visita; el ángel voló á Dios; una rapidísima enfermedad arrebató á mis padres el hijo amado, y á mi hermana y á mí el hermano tierno, el compañero de nuestros juegos infantiles.

Llegó el siguiente año, y ví disponer el fúnebre aparato que había de adornar la lápida de mi hermanito, y algo parecido á un rudo golpe sentí en el fondo de mi corazón. Mis padres ¡pobres padres! besaron una y mil veces la blanca corona, símbolo de la pureza del hijo de sus entrañas, y yo sobrecogida la besé también; pero dejé que la llevaran sin atreverme á decir que la llevaría yo. ¡Cómo había cambiado para mí aquel día tan alegre en otro tiempo! Han pasado 25 años, y el ángel que sin duda ha esperado en el cielo á la que le dió el ser, la tendrá á su lado. Murió mi madre, y tanta amargura solo la comprende el que la haya sufrido, y él me dirá lo que pasa por su corazón, cuando ve cruzar la gente con placentero semblante é ir á visitar los Campos-Santos. ¡Qué egoísta es el dolor! ¡Por qué no sienten ellos como yo? Para eso están reservados los demás días del año, y sin embargo, ¡cuán pocos son los que los frecuentan, y qué

cuadros de sublime sentimiento se encuentran en aquel sitio! Arrodillado, fervoroso, se encuentra un jóven enlutado; más lejos una anciana cuyas mejillas surcan las huellas de un prolongado llanto; unos niños que lleva de la mano la pobre viuda para que pidan por su honrado padre. En una de estas visitas, y cuando absorta en profundas meditaciones iba á cruzar la puerta del cementerio de..... sacóme de mi abstraccion una niña de unos ocho años, pobremente vestida, que dirigiéndose á mí con voz dulce me preguntó: ¿Podrá usted decirme dónde está el sepulturero? Su mirada tenia algo que revelaba un sufrimiento superior á sus pocos años. Hay atracciones entre los que padecen, sea cual fuere su edad y su condicion; así es que me interesé de tal manera, que desde aquel instante sentí un vivo deseo de conocer la causa que la traia á aquel sitio. ¿Para qué querias ver al sepulturero, hija mia? le pregunté. Tengo aquí á mis padres, hace unos meses que los trajeron y queria saber el sitio donde están. ¿Vives sola acaso desde que te faltan? No; tengo dos hermanitos menores, y estamos recojidos en casa de una tia, hermana de mi madre. Ven conmigo, la dije, dirigiendo mis pasos á la habitacion del capellan, que nos recibió con bondad: éste preguntó las fechas, que la inocente niña conservaba admirablemente en su memoria, y despues de hojear escrupulosamente un gran libro, dirigiéndose á mí, dijo: No es posible designar el sitio, fueron enterrados en la fosa comun. Sin duda para aquel ángel eran desconocidas aquellas palabras, y comprendiéndolo así, me apresuré á mantener su ilusion diciéndola: Tus padres, hija mia, están en la capilla á los piés de una imágen muy hermosa de la Virgen María: ¿pero con qué objeto querias tú saber el sitio? Un ligero tinte carmin coloreó sus mejillas, y con voz un tanto confusa, y esa inocencia sublime de sus pocos años, continuó: «Se van Vds. á reir de mí, pero ello es que como se acerca el dia de Todos los Santos, y he visto en las tiendas tantas coronas, y tantas cosas que dicen son para los muertos, yo he pensado que aunque ahora soy pobre, ya llegará dia en que gane un jornal, y ahorrando algunos cuartos, al fin del año tambien podré traer flores, como los otros niños que no tienen padres; pero si no

sé el sitio, para entonces ya no me lo podrán decir.» Mi mirada se cruzó con la del venerable sacerdote velada por las lágrimas. Encantadora criatura, exclamé echándola cariñosamente en mis brazos. ¡Dios te bendiga!..... Pocos días despues una bonita guirnalda guarnecía el altar de la preciosa imágen, y al contemplar á sus plantas aquel ángel de inocencia, mis lábios enmudecieron, y de mi alma se elevó una ferviente plegaria, que sin duda debió unirse á la de la *niña huérfana*.

R.

VARIETADES.

En la Coruña ha sido detenido un sugeto que se dedicaba á la mendicidad, y que, segun parece, poseia algunos bienes, entre ellos una casa en Cesuras, pueblo de su naturaleza. El mendigo propietario infundia terror en las casas donde imploraba limosna por su tipo sospechoso y sus formas poco humildes.

Nuevo sistema de acabar con el juego, segun la *Colonia Española*, de Montevideo.

La Asamblea del Estado Colombiano de Cundinamarca, acaba de sancionar una ley necesaria. Prohibir el juego no ha bastado allí, como no ha bastado en ninguna parte.

Ahora no lo prohíbe; solo establece que en la puerta de entrada de toda casa que se pongan juegos de envite y azar, se coloque una tabla con este letrero: «CASA SOSPECHOSA DE VICIOS Y DESHONRA.» Un farol de gas ó petróleo debe alumbrar esta tabla durante la noche. Es obligacion de la casa. Llevar una matrícula de todos los jugadores que á ella concurran: y la lista de los jugadores matriculados *debe publicarse en los periódicos oficiales del Estado*. El dueño del establecimiento debe pagar mensualmente al distrito un policía, nombrado por la autoridad, el cual permanecerá en la casa con el objeto de hacer guardar el órden y de hacer cumplir las disposiciones de la ley referida. La medida es fuerte pero quizá salvadora.

EL HUERFANITO.

Solo, triste, á la puerta de la casa
 que le abrigó al nacer;
 lejos ya del cariño de su madre,
 que en el seno de Dios ruega por él;
 creyendo percibir entre las brisas
 ecos de una cancion
 con que, al morir la tarde, tantas veces
 su madre le arrulló;
 sin encontrar á nadie que le quiera
 en el desierto hogar;
 llora, abrazado al cuello de su perro,
 único defensor de su orfandad...!

.....
 Solo en el mundo, á tu ignorada choza
 nadie podrá acudir;
 tus gemidos se pierden en el valle...
 ¡quién velará por tí!

Reza, que la plegaria de los ángeles
 llega pura hasta Dios;
 reza, que si eres bueno, desde el cielo
 te dará proteccion.

Reza las oraciones que tu madre
 te enseñó á repetir,
 que en el seno de Dios, ella, amorosa,
 rogando está por tí...!

RICARDO SEPÚLVEDA.